

LIBRO PRIMERO

DE

LA RELIGION Y VIRTUDES

QUE DEBE TENER EL PRÍNCIPE CRISTIANO PARA GOBERNAR Y CONSERVAR SUS ESTADOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

La cuenta que todas las naciones y repúblicas del mundo tuvieron con su religion.

Es tan grande la majestad de Dios, y tan natural y tan arraigada en los ánimos de todos los hombres la reverencia y acatamiento que se le debe, que en todas las repúblicas, provincias y naciones del mundo, por bárbaras y ciegas que hayan sido, siempre se tuvo por el primero y más principal y necesario negocio el de la religion. No solamente por cumplir con esta obligacion tan precisa y tan natural que tenemos todos de reconocer, acatar y con debido culto servir á este gran Príncipe y soberano Monarca de todo lo criado, pero tambien porque se persuadian (y con razon) que no se podian conservar sus repúblicas, reinos y estados, sino conservándose en ellos la religion. Plutarco, autor gravísimo y maestro de Trajano, emperador, dice (1): «En el hacer de las leyes lo primero y más importante es la opinion de los dioses. Y por esto todos los legisladores han consagrado á los dioses los pueblos á quien han dado leyes: Licurgo los lacedemonios, Numa los romanos, con los antiguos atenienses, Deucalion casi todos los griegos; y si anduvieres por muchas tierras, hallarás algunas ciudades sin muros, sin letras, sin reyes, sin casas ni riquezas, y sin monedas, sin escuelas y teatros; pero ninguno ha visto ciudad que no tenga templos y que carezca de dioses, y que no use de rogativas y plegarias y juramentos, y que no haga sacrificios para alcanzar de Dios lo bueno, y suplicarle que aparte della todo lo que es malo y dañoso. Yo creo que ántes se podrá fundar una ciudad en el aire y sin suelo, que poderse bien gobernar sin religion.» Todo esto es de Plutarco. Lactancio Firmiano dice (2) que toda la sabiduria del hombre consiste en sólo conocer y reverenciar á Dios. San Agustín dice (3) que así como los demonios no poseen sino á los que han engañado, así los príncipes injustos y semejantes á los demonios persuadian á sus pueblos con nombre de religion las cosas que ellos sabian ser fal-

(1) Plutar., lib. *adversus Colot.* (2) *Institut.*, cap. xxx.
 (5) Aug., *De Civit. Dei*, lib. iv, cap. xxxiv.

sas, por entender que con este vínculo los atarian más estrechamente y los tendrían más sujetos. En las historias de las Indias leemos (4) que los ingas, que eran los reyes del Pirú, en conquistando algunas tierras, luego dividian sus tributos en tres partes, y la primera era para los templos y para el culto de los dioses, juzgando que por este medio ellos los ganarian la voluntad y conservarían mejor sus estados.

Los mismos políticos, contra quien escribimos, están persuadidos desta verdad (5). Maquiavelo, que es el maestro de todos, dice que la religion es necesaria para conservar el estado, y que Roma debe más á Numa Pompilio por haber fundado en ella la religion, que á Rómulo, que la fundó y le dió principio con las armas (6), y que no puede haber mayor indicio de la ruina de una provincia, que ver menospreciado el culto divino. Juan Bodino dice (7) que los mismos ateístas (que son los que no creen que hay Dios ni tienen cuenta con religion alguna) confiesan que no hay cosa más eficaz y poderosa para conservar los estados y las repúblicas que la religion, y que ella es el principal fundamento de la potencia de los monarcas y señorios, y de la ejecucion de las leyes, de la obediencia de los súbditos, de la reverencia y respeto que se debe á los magistrados, del temor de hacer mal, y de la amistad y comercio y trato que hay entre los hombres. Y que por esto se debe tener gran cuidado que una cosa tan sacrosanta como la religion se guarde inviolablemente y no se ponga en disputa, porque della depende la conservacion ó la ruina de la república. Pues es verdad lo que dijo Papiniano (8): *Summa ratio est, que pro religione facit*; que la suma y más principal razon de todas es la que favorece á la religion. Todo esto dice Bodino, con ser autor no nada pío.

Pero la diferencia que hay entre los políticos y nosotros es, que ellos quieren que los príncipes tengan cuenta con la religion de sus súbditos, cualquiera que sea, falsa ó verdadera; nosotros quere-

(4) Josef de Acosta, *Historia de las Indias*, lib. vi, cap. xv.
 (5) Lib. i de sus *Discursos*, cap. xi. (6) Cap. xii. (7) Lib. iv, cap. vii *De la repúb.* (8) Lib. *Etsi quis ff. de Reliq.*

mos que conozcan que la religion católica es sola la verdadera, y que á ella sola favorezcan. Ellos quieren que los príncipes se sirvan de la religion en apariencia, para enganar y entretener al pueblo, como lo hacen los príncipes injustos y lo dice san Agustín; nosotros queremos que los príncipes sirvan de véras á la verdadera religion. Ellos quieren que el fin principal del gobierno político sea la conservacion del estado y la quietud civil de los ciudadanos entre sí, y que se tome por medio para esta conservacion y quietud, tanto de la religion cuanto fuere menester, y no más; nosotros queremos que los príncipes cristianos entiendan que toda la potestad que tienen es de Dios, y que Él se la dió porque sus súbditos sean bienaventurados acá con felicidad temporal (que es á lo que se endereza el gobierno político), y allá con la eterna, á la cual esta nuestra temporal mira y se endereza como á su blanco y último fin; y que ante todas cosas, deben tener puestos los ojos en Dios y en su santa religion, la cual, cuando se abraza y guarda puramente, hace bienaventurados á los hombres para siempre, y conserva los reinos y estados, y los mantiene en obediencia, paz y entera quietud; y cuando no, faltándoles este fundamento, en que se sustentan, necesariamente han de caer. Pero todo esto decimos que se ha de hacer de véras y con puro y sencillo corazón, amando la religion por sí misma, y no tomándola por medio falso y engañoso para gobernacion del Estado, como enseñan los políticos.

CAPÍTULO II.

Que los malos príncipes tambien se sirven de la religion para mejor enganar, como enseñan los políticos.

Para declarar mejor esta diferencia que hay entre nosotros y los políticos (1), entre los que de nombre y obras son cristianos, y los que teniendo solamente el nombre hacen ostencion de la religion, y se sirven della como de red para pescar lo que pretende su codicia y loca ambicion, quiero poner aquí dos ejemplos de dos hombres que vivieron en un mismo tiempo, y que nos representan muy al vivo lo que vamos diciendo. Ecebolio, sofista, fué maestro del emperador Juliano, apóstata, y del muy favorecido y estimado. Éste, como fino político, en tiempo del emperador Constancio se fingió cristiano por conformarse con el Emperador, y deber mostrarse hereje arriano, porque tambien lo era el Emperador. Muerto Constancio, se hizo gentil, porque Juliano lo era, para ganarle más la voluntad, renegando la fe que Juliano habia renegado. Murió Juliano, y sucedióle Joviniano, príncipe católico y piadoso, y Ecebolio, como camaleon, luego se transformó en la religion del nuevo emperador, y se echó á la puerta de la Iglesia pidiendo perdon á los cristianos, como lo dice Sócrates en su historia (2); que es un vivo retrato de los políticos de nuestro tiempo, los cuales, como

(1) Bar., tomo iv. (2) Lib. iii, cap. ii.

decía Joviniano, emperador, de los del suyo (3): *Non Deum, sed purpuram colunt*; que no adoran ni creen en Dios, sino en la púrpura, tomando la religion de los príncipes para lisonjearlos y ganar su gracia. El otro ejemplo es de Cesario (4), el cual, como dice su hermano san Gregorio Nacianceno, siendo honrado con cargos de grande autoridad del mismo Juliano, y con palabras amorosas y promesas convidado para que le sirviese, y apretado con amenazas, y tentado y combatido con todo el artificio del mundo, nunca se dejó vencer, ántes á la púrpura y majestad del imperio antepuso su ignominia y glorioso oprobrio de la cruz de Cristo, porque conocía los tesoros de gloria que en ella están encerrados, y era de véras, y no en apariencia, cristiano. Este ejemplo de Cesario es de un fino católico; el de Ecebolio de un fino político y discípulo de Maquiavelo, el cual en sus discursos dice estas palabras (5): «Los príncipes de una república ó de un reino deben conservar los fundamentos de la religion que tienen, y con esto fácilmente conservarán su república religiosa, y por consiguiente buena y unida. Y deben favorecer todas las cosas que son en favor de su religion (aunque las tengan por falsas), y acrecentarlas; y tanto más lo deben hacer, cuanto fueren más prudentes y más sabios de las cosas naturales.» De manera que quiere que el príncipe favorezca la religion aunque la tenga por falsa, para tener sujetos á sus súbditos con aquella apariencia exterior. ¿Qué príncipe hay tan impío y malvado, y enemigo de toda religion, que no siga esta doctrina y se sirva de la misma religion cuando para la conservacion de su estado ve que es menester, fingiendo ser lo que no es? Como lo hizo Magencio, el cual, siendo gentil, y viendo que los cristianos eran muchos, por no tenerlos contrarios en su pretension del imperio (6), se les mostró al principio favorable y amigo, y hallándose más seguro y señor, los persiguió con extraña crueldad. Y Licinio, que estaba casado con Constancia, hermana del gran Constantino, viendo que su cuñado era cristiano, se mostró á los principios muy benévolo y amigo de cristianos para ganarle más la voluntad, y por este medio ser nombrado de Constantino por su compañero en el imperio; y cuando lo fué se quitó la máscara, y la vulpeja se mostró leon, haciendo carnicería de los cristianos. Pues ¿qué diré de la otra raposa, Juliano, apóstata? (7). ¿Con cuánta simulacion favoreció á los cristianos, honró á los obispos, dió de mano á los herejes arrianos, visitó los templos, reverenció las reliquias de los santos, edificó una iglesia á santa Mamea, mártir, é hizo tantas demostraciones de cristiano con engaño, para entrar en el imperio sin resistencia, y poder más fácilmente destruir la religion cristiana?

(5) Socr., lib. iii, cap. xxi. (4) *In orat. in funer. fratris.*
 (5) Lib. i, cap. xii. (6) Euseb., lib. vi, cap. xvi, et lib. ix, cap. x; Niceph., lib. vii, cap. ii, et lib. viii, cap. xvii, xxx, xli, xlii, et xliii. (7) Niceph., lib. i, cap. v et xii, et lib. x, cap. i, ii, iv et v; Sozom., lib. v, cap. ii et v; Theod., lib. iii, capítulos ii et iii.

¿Qué de Valente (1), asimismo emperador, al principio católico, y por todo el tiempo que juzgó que le estaba bien, muy obediente á los obispos y honorador de san Basilio, el cual, despues engañado de Eudoxio, obispo de Constantinopla, se hizo hereje arriano y cruelísimo perseguidor de la Iglesia católica, la cual aborreció de manera, que dejando vivir á los herejes y á los gentiles en sus sectas, á solos los católicos prohibió que no viviesen como católicos? ¿Qué de Anastasio, emperador (2), el cual, viendo que Eufemio, patriarca de Constantinopla, no le quería coronar por tenerle por sospechoso en materia de religion, hizo públicamente profesion de la fe, de palabra y por escrito, y juró de guardarla inviolablemente, y con esto engañó al Patriarca y á los demas católicos que se le oponían? ¿Qué de Hunerico (3), rey de los vándalos en África y hijo de Genserico? ¿Cuánta disimulacion usó en los principios para engañar á los católicos hasta establecer y asegurar su reino; y despues, cómo los persiguió y procuró aniquilar? como lo escribe Victor Uticense, en el segundo libro de su historia. ¿Qué de Leon IV y de Miguel Begué (4), emperadores de Oriente? ¿Qué de Jorge Pogibracio, rey de Bohemia, y de otros príncipes, que con capa y apariencia de católicos fueron herejes? Pero ¿qué es menester traer ejemplos antiguos y ya olvidados para confirmar esta verdad, teniéndolos vivos y presentes en Francia é Inglaterra, donde hay tantos políticos? Pero dejémoslos á ellos, y veamos lo que los filósofos enseñan se debe hacer acerca de la religion.

CAPÍTULO III.

La cuenta que se debe tener con la religion, segun la doctrina de los filósofos.

Aristóteles, tratando de las cosas que son necesarias en una ciudad, y sin las cuales ninguna se puede bien gobernar, como son mantenimientos, artes, armas, dineros, etc., dice (5): «Ante todas cosas se debe procurar lo que pertenece al culto de los dioses, que llamamos sacrificio de los sacerdotes»; y añade (6) que cualquiera príncipe se debe mostrar muy piadoso para con los dioses, porque con esto se aseguran los pueblos, y no temen que les hará agravios, ni maquinan contra él, porque juzgan que, siendo religioso y amigo de Dios, tendrá el mismo Dios en su favor. Y los demas filósofos graves y sabios nos enseñan que las cosas que quisiéremos emprender las comencemos de Dios y acabemos en Dios, y le pidamos gracia para bien comenzar y mejor acabar. El filósofo Jámblico dice (7) que la naturaleza humana es tan flaca, que no puede tratar ni hablar de Dios sin el mismo

(1) Zonar., tomo III; Soer., lib. III, cap. I et IX; Amian. Marcell., lib. XX et XXI; Theod., lib. II, cap. XI et XII. (2) Niceph., lib. VI, cap. XXVI; Zonar., tomo III; Evagr., lib. III, cap. XXIX et XXXI, *Cedr.* (3) Victor., lib. II, *De Perf. Vand.*; Sig., lib. XV, *De Occid. Imper.*; Zonar., tomo III, *Cedr.* (4) Pío II, papa, XXX; Joan. Dubravius, episc. Olmucens., lib. III, *Hist. Bohem.*, et Coel., lib. XII, *Hist. Hussit.* (5) Arist., *Polit.*, lib. VII, cap. VIII. (6) Lib. V, cap. XI. (7) Jámblico, citado por Coel. Red., lib. IX.

Dios, y mucho ménos cumplir y hacer obras divinas sin Él. Mercurio Trimegisto dice que el ornamento y medida del hombre, ante todas cosas, debe ser la religion, acompañada de la bondad, la cual entónces será perfeta, cuando, esforzada con la virtud, despreciare la codicia y deseo de todas las otras cosas, porque cada uno resplandece con la piedad, religion, prudencia, y con el culto y veneracion de Dios, como quien está alumbrado con la luz de la verdad y con el conocimiento y vista della, y con la confianza de lo que cree se señala entre los hombres, como el sol entre las estrellas, por su claridad. Pitágoras nos enseña (8) que no hay mejor manera para ser el hombre muy perfeto, que llegarse á Dios. El divino Platon dice (9) que no hay virtud que se pueda igualar á la religion y piedad para con Dios, y que todos los hombres de seso y razon tienen por costumbre, en el principio de cualquier cosa, acudir á Dios á pedirle favor. Y en una epistola dijo estas palabras (10): «En todas las cosas que decimos ó pensamos, habemos de tomar principio y comenzar de Dios.» Y en el *Libro de las leyes* dice (11): «Invoquemos ante todas cosas á Dios, para establecer nuestra ciudad, y supliquémosle nos oya y nos sea propicio y venga á nosotros benigno, para que nos enseñe las leyes y adorne la ciudad.» Y esto dijo este filósofo con mucha razon, porque, como Dios es el principio y fin de todas las cosas, y el que las crió para su gloria, conviene que todas miren á él, y que todas las acciones del hombre, que es el mundo abreviado, comiencen por Dios y acaben en Dios, porque, así como alabamos la vid por la copia y abundancia de la uva que produce, y el vino por el sabor, y el ciervo por la velocidad, y la bestia de carga por las fuerzas que tiene para llevarla, y el perro por su sagacidad, osadía y ligereza, así alabamos al hombre por la virtud y por estar allegado y unido con Dios, porque éste es su fin y su último y sumo bien, y su verdadera y perfeta felicidad, y esto se alcanza por medio de la verdadera religion. Y el que tiene la cuenta que debe con ella, ése tiene á Dios propicio y por amigo; y así dijo Séneca (12): «Si quieres tener á Dios por amigo y favorable, procura ser bueno; que el que le imita, ése le sabe honrar y reverenciar.» Pero, volviendo á Platon (13), en otra parte escribe que no se pueden bien gobernar los reinos sino es con el favor y gracia particular de Dios; porque dice que así como las bestias no se pueden bien regir ni curar por sí, sin el hombre, así el hombre no puede ser bien gobernado y encaminado á la felicidad por otros hombres, sin Dios. Jenofonte (14), filósofo é historiador gravísimo, escribió ocho libros de la *Institucion del rey Ciro*, á quien pinta y pone por dechado y modelo de todos los grandes reyes y prudentes gobernadores, en paz y en guerra, y

(8) In *Epinom.* (9) Lib. *De mundi constitutione.* (10) *Epist. VIII, Ad Dionis. propinquos.* (11) Lib. IV, *De leg. dat.*, diálogo IV. (12) Séneca, *In epist.* (13) Lib. *De regno.* (14) Jenofonte, *De Paed. Ciri.*

dice que cuando Ciro se partió para la casa de su agüelo Astiáges, su padre Cambises le dijo estas palabras (1): «Una cosa te encomiendo, hijo mio, la cual quiero tengas siempre en la memoria, como una joya de mucho precio, y dada de padre que tanto te ama. Sé muy amigo y devoto de Dios, y nunca comiences cosa sin demandarle primero su favor y ayuda; porque los hombres somos muy faltos, y ninguna cosa se esconde á la Sabiduria eterna, y á quien ella favorece todo le sucede bien.» Las cuales palabras de tal manera se imprimieron en el corazón á Ciro, que es cosa maravillosa ver cuántas veces repite Jenofonte el cuidado que tenía de la religion en todas las cosas que hacia, cómo procuraba aplacar á los dioses ántes de tomar consejo y deliberar si habia de hacer guerra ó dejarla de hacer; y despues de haber determinado de hacerla, ántes de comenzarla, los sacrificios que hacia para tener propicios á los dioses, y cuando con el ejército entraba en tierra de los enemigos, el cuidado que ponía en ganar la voluntad de los dioses de la tierra con ofrendas y dones, y despues de haber peleado y vencido, en reconocer la vitoria de su mano y agradecerla. De manera que parece que el principio, medio y fin de todas las empresas de este gran rey era la religion, aunque falsa, de sus vanos dioses. Isócrates (2), orador excelentísimo, escribiendo á Nicoteles, rey de Cipro, y enseñándole con qué medios habia de conservar su reino, le dice estas palabras: «Guardarás la religion como la recibiste de tus mayores y antepasados, y piensa que el mayor y mejor sacrificio es, ser tú mismo bueno y justo; porque mayor esperanza tienen los tales que harán algo bueno, conforme á la voluntad de Dios, que los que edifican templos.» La primera cosa que Dion (3) escribe en la *Institucion del príncipe* es, que tenga gran cuenta del culto y acatamiento de Dios, y anteponga lo divino á todo lo demas; y añade: «Porque el varon bueno y justo á ninguno puede obedecer más que á Dios, que es muy bueno y muy justo, y en esto será malo y perverso si piensa que Dios es impío ó que no sabe ni entiende todas las cosas.» Ciceron dice estas palabras (4): «Quitada la piedad para con los dioses, juntamente se quita la fidelidad y la conjuncion del género humano, y aquella excelentísima virtud de la justicia para con los hombres.» Horacio, poeta, dice (5) que por haber los hombres tenido poca cuenta con la religion, los dioses habian affligido á Italia con grandes calamidades. Y Symacho (6), varon patricio y muy ilustre y elocuente, quejándose á Valentiniano, emperador, de la poca cuenta que tenian ya los romanos con su falsa religion, despues que la cristiana y verdadera florecia tanto, dice que el año se habia secado y que no daba fruto por los sacrilegios, y que necesariamente habia de ser para

(1) Lib. VIII, *De Paed. Ciri.* (2) Or. I, *Ad Nicoteles.* (3) Dion., or. I et III. (4) Lib. I, *De Nat. Deor.* (5) *Disimula neglecti dederunt Hesperie mala luctuosa.* (6) Symach., *ad Valen. apud Amphrosian.*

daño de todos lo que se quitaba á la religion. Tito Livio, en persona de Camilo, dice (7) que todas las cosas suceden bien á los que siguen y tienen cuenta con los dioses, y mal á los que los menosprecian. Y añade Cornelio Tácito (8) que debemos conservar en la prosperidad el temor y reverencia de Dios, que tuvimos en la adversidad. Y Plinio Segundo dice (9) que nuestra vida consiste en religion. Todo esto dicen los sabios del siglo, alumbrados con sólo la lumbre de la razon. Que lo que los santos y sapientísimos doctores de la Iglesia católica han escrito de esta materia es tanto y tan excelente, que por presuponerse como cosa averiguada, y no ser prolijo, no quiero traerlo aquí, sino referir por todos las palabras que dice Lactancio (10): «Todos los males, dice, se multiplican y crecen cada día á los hombres, porque dejan á Dios, que es el criador y gobernador deste mundo, y contra toda la razon y justicia toman nuevas y impías religiones.» Y no hay autor antiguo, grave y prudente, que no sea deste mismo parecer, y no habie de la religion de la misma manera que los que aquí habemos alegado. Y pues escribimos en nuestra lengua castellana, y principalmente para los que son de nuestra nacion, quiero, por remate deste capítulo, referir lo que acerca desto dice el rey don Alonso el Sabio, en el prólogo sobre la recopilacion de las *Siete Partidas*, que hicieron, por su mandado, muchos y muy sabios varones, por estas palabras (11): «Dios, dice, es comienzo y medio y acabamiento de todas las cosas, y sin Él ninguna cosa puede ser, ca por el su poder son fechas, é por el su saber son gobernadas, é por la su bondad son mantenidas. Onde todo home que algun buen fecho quisiere comenzar, principio debe poner é ha de hacer á Dios, rogándole é pidiéndole merced que le dé saber é voluntad é poder, porque lo pueda bien acabar.»

CAPÍTULO IV.

Del cuidado que la república romana tuvo de su falsa religion, para conservacion de su imperio.

No quiero tratar aquí particularmente de las repúblicas que ha habido en el mundo, ni declarar el cuidado que cada una dellas tuvo en acudir á sus dioses y al culto de su falsa religion. Ni quiero hablar de los egipcios, que eran tan supersticiosos y estaban tan engañados con sus errores, que querian padecer cualquiera tormento ántes que hacer mal al ave Ibis, ó al áspide, ó al gato, ó al cocodrilo, y si acaso le hacian mal, pasaban por cualquiera pena para satisfacion de su culpa, como lo escribe Ciceron (12). Tambien quiero pasar en silencio los atenienses, que desterraron de su ciudad á Diágoras, filósofo, como á impío y ateo, porque trataba mal de sus dioses, como lo dice el mismo Ciceron (13), y dieron la muerte á Sócrates, porque introducía nueva religion en su ciudad.

(7) Baron., IV, año 583, decad. I, lib. V. (8) Lib. XI, *Annal.* (9) Lib. XIV. (10) Lib. IV, *Institut. XIII.* (11) *Prol. de las Part.* (12) Lib. V, *Tuscul.* (13) Lib. *De nat. Deor.*

Dejaré las demas repúblicas insignes que ha habido en el mundo, y solamente trataré de la república romana; porque, así como fué la más poderosa entre todas, así fué la que más se señaló en el culto y veneracion de sus dioses. Porque, como muy bien dice san Leon, papa (1), abrazó, y juntó Roma todas las falsas religiones que estaban derramadas en várias provincias del mundo, por no dejar alguna en que no se ocupase. Pues de la república romana dice Ciceron estas palabras (2): «Por mucho que nos queramos lisonjear, no podemos negar que no somos tantos como los franceses, ni tan astutos como los africanos, ni tan sabios como los griegos, ni tan avisados é ingeniosos como los latinos; pero en la piedad y religion y en la verdadera sapiencia, que conoce que todas las cosas se gobiernan por la voluntad de los dioses inmortales, hacemos ventaja á todas las gentes y naciones.» Y Valerio Máximo dice (3): «Siempre nuestra ciudad juzgó que todas las cosas se habian de posponer á la religion, áun aquellas que eran de suma majestad, y por esto no dudaron los magistrados supremos de sujetarse y servir á las cosas sagradas y á la religion, entendiéndole que vendrian á ser señores de todas las cosas, si fiel y constantemente sirviesen á la potencia y voluntad de los dioses.» Y así dice el mismo autor (4): «No es maravilla que los dioses con tanta benignidad y favor hayan siempre velado por amplificar y conservar el imperio de los que siempre fueron tan escrupulosos en examinar y adelantar todas las cosas de la religion, por pequeñas y menudas que fuesen; porque cierto que nuestra ciudad nunca desvió un punto los ojos del culto y observancia de las ceremonias y cosas sagradas.» En el tiempo que la república romana más florecia, escribe el mismo Valerio Máximo que para mejor conservar y amplificar su religion, ordenó el Senado que diez hijos de los más principales señores de Roma fuesen á Etruria, que es la que agora llamamos Toscana, y entónces era como la universidad donde se enseñaban las ceremonias de la religion (5), para aprender las que en Roma se habian de usar. Era tan grande el cuidado que se tenia en Roma de lo que tocaba á la religion, que, como escribe Varon (6), siempre que se juntaba el Senado, la primera cosa que se proponia y trataba en él era lo que tocaba á la religion, y era esta ley tan inviolable, que por ninguna cosa, por grave que fuese, ni más priesa que pidiese, se trocaba este orden, para que fuese siempre preferida la religion y culto de sus dioses, no solamente á las demas cosas, pero también á los mismos consejos públicos. Y áun añade Suetonio (7) que Augusto, emperador, ordenó que ántes que los senadores se sentasen en sus lugares, cada uno delante del altar de aquel

(1) In serm. de sanctis apostolis Petro et Paulo. (2) Orat. de Arusp. respons. (3) Lib. 1, cap. 1, De cultu deorum. (4) Lib. 1, cap. 1, De cultu deorum. (5) Gell., lib. XIV, cap. VII. (6) Alej., lib. IV, cap. XI; Fulgos., lib. I. (7) Sueton., in Oct., cap. XXXV.

dios en cuyo templo se juntaba el Senado, porque no se podia juntar sino en algun templo, le hiciese reverencia, ofreciéndole vino é incienso. Y esto porque, como dice Plutarco (8), juzgaban que mejor se conservaba la república honrando y reverenciando á los dioses que venciendo los ejércitos y las armas de los enemigos. Y habiéndose hallado en un campo dos areas de piedra, en la una de las cuales estaba el cuerpo de Numa, hijo de Pomponio (9), y en la otra catorce libros, siete en latin y siete en griego, que trataban de la religion, mandó el Senado guardar los siete en latin, y quemar los otros siete libros griegos, porque le pareció que tiraban á tener algo ménos cuenta de la religion. Y por la misma causa, como escribe Arnobio (10), fueron algunos romanos de parecer que por decreto del Senado se debian mandar vedar los libros que Ciceron escribió de la *Naturaleza de los dioses*, y los de la divinacion, porque enflaquecian en el ánimo de sus ciudadanos la reverencia y culto de sus falsos dioses, y aquella supersticion que tan arraigada tenian en sus entrañas. Porque, como dice Valerio Máximo, no quisieron los antiguos que en Roma hubiese cosa por la cual los ánimos de los hombres se entibiasen ó se apartasen un punto del culto de sus dioses. Ciceron, en el segundo libro que escribió de las leyes romanas (11), ántes de declararlas, pone por proemio estas palabras, y comienza desta manera: «Ante todas cosas, persuádanse los ciudadanos que los dioses son señores y gobernadores de todas las cosas, y que todo lo que se hace, se hace por su imperio y voluntad, y que hacen grandes beneficios al linaje humano, y tienen gran cuenta de mirar quién es cada uno, lo que hace, cómo vive, con qué voluntad y piedad se ocupa en las cosas de la religion; y hacen diferencia entre el bueno y el malo, entre el pío y el impío.» Despues pone las palabras de la primera ley, diciendo: «Cuando fueren á los dioses, vayan con la mente pura y pia. El que no lo hiciere, el mismo Dios le castigará. Ninguno tenga dioses particulares ni nuevos, ni los reverencie, sino aquellos que con pública autoridad fueren tenidos por tales.» Porque pareció á los romanos, como allí lo dice el mismo Ciceron, y lo trae de Pitágoras, que entónces reina más la piedad y la religion en nuestros ánimos, cuando nos ocupamos en las cosas divinas, y que no ha de ser cada uno juez de la religion, ni tomarla por su voluntad; porque esto trae consigo gran confusion y turbacion de la misma religion. Y en el libro segundo de la *Naturaleza de los dioses* dice el mismo Ciceron estas palabras: «El culto de los dioses, muy bueno, y purísimo, y santísimo, y llenísimo de piedad, consiste en venerarlos y reverenciarlos con el corazón y con la boca pura y sin mancilla.» Y en el tercero libro escribe que Rómulo con los auspicios, y Numa Pompilio con el establecimiento de la religion,

(8) In vita Marcel. (9) Val. Max., lib. 1, cap. 1.

(10) Arnob., lib. III, *Contra gent.* (11) Lib. II, *De leg.*

habian puesto los fundamentos de su ciudad, los cuales nunca hubieran crecido tanto, si no fuera por la benignidad de los dioses inmortales. Y en el fin deste mismo libro concluye con decir que la ciudad de Roma estaba mejor cercada y guardada con la religion que no con las murallas que tenia. Y por esta misma causa, diciendo uno á Numa Pompilio: «Los enemigos aparejan guerra contra tí», respondió él, riendo: *Y yo sacrificio á los dioses*; dando á entender que con el favor del cielo, más que no con las armas, se vencen y desbaratan los ejércitos de los enemigos y se conserva la república.

CAPÍTULO V.

De la excelencia de la religion cristiana.

Pues si la república romana, y otras que fueron poderosas y tenidas por sábias, tanto precieron su religion y tanto se esmeraron en el culto de sus dioses, que eran falsos, viciosos, ridículos y viles, pues adoraban á Flora, que habia sido ramera, y á Priapo, deshonesto, y á Júpiter, adúltero, y á otros monstruos como éstos, ¿qué cuenta debemos nosotros tener, cómo nos debemos desvelar, con cuánta piedad y diligencia nos debemos ocupar los cristianos en el servicio de nuestro grande, solo y verdadero Dios y en todo lo que toca á la santísima y purísima religion que el mismo Señor nos enseñó? Porque esta religion no nos ha sido descubierta con sola la lumbré de la razon humana, ni con el estudio y doctrina de la filosofia, pues éstas son tan rateras, que no pueden llegar á su excelencia y alteza; y la razon del hombre es tan flaca y oscura sin la lumbré de la fe, que ántes que resplandeciese el Evangelio en el mundo, habia en él infinidad de sectas y de dioses; y la filosofia era tan vana y confusa, que no atinaba á conocer en qué consiste el último fin del hombre, que es la regla y medida de toda su vida, y habia tantas y tan diversas y contrarias opiniones entre los mismos filósofos, no solamente en las otras cosas de ménos valía é importancia, pero áun en esta de nuestra felicidad, que es importantísima, que Marco Varon (1), sapientísimo varon, refiere doscientas y ochenta y ocho opiniones diversas acerca del último fin del hombre, como lo escribe san Agustín (2). Pero nuestra santa religion nos ha venido del cielo, y la Sabiduria eterna nos la ha enseñado, y el Unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, nos la ha manifestado; Él ha sido el maestro desta doctrina divina, y Él solo lo podia ser. Porque, como dice san Hilario, de Dios á Dios solo se debe creer. Pues así como no hay nadie que sepa lo que está en el corazón del hombre, sino el hombre, así no hay quien sepa lo que hay en Dios, sino el mismo Dios y á quien Él se digna revelar-lo (3). De aquí es que nuestra religion siente altísimamente de la majestad de Dios, porque el mismo Dios se lo ha revelado, y confiesa que es acto

(1) Cic., de natur. Deor.; Plut., De opin. divers. filosof.

(2) Aug., lib. De Civit. Dei, cap. 1. (3) I, Cor., II.

puro, que quiere decir una cosa tan perfeta, que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, que son infinitas, y cada una dellas es el mismo Dios, y que para Él no hay cosa nueva ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Confiesan que es la primera causa, que mueve todas las otras causas, y la primera verdad, de la cual dependen todas las otras verdades, y la primera bondad, que es fuente manantial de todo lo que es bueno, y la primera hermosura, por la cual todas las otras cosas son hermosas, y la primera y suma perfeccion, de donde tuvieron principio todas las perfecciones de las criaturas, las cuales todas están en él por otra más alta manera, con otras infinitas que son propias suyas. Finalmente, todo lo que pertenece á la omnipotencia y gloria de la majestad de Dios le atribuye la religion cristiana, y ninguna cosa más ni mejor se le puede atribuir de lo que ella confiesa, así de su omnipotencia como de su sabiduria y bondad inmensa é infinita. Y juntamente nos enseña que este soberano Señor debe ser servido con limpio, entero y perfeto corazón, y amado sobre todo lo que se puede amar, y aborrecido el pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, y amado el prójimo por amor del mismo Dios, con aquel amor y afecto que el hombre ama á sí mismo.

Y porque el hombre de suyo es flaco, y por sus solas fuerzas no puede cumplir con la ley de Dios, y llegar á la cumbre de tan alta perfeccion, y la ley vieja, aunque mandaba lo que se habia de hacer, no daba espíritu y fuerzas para hacerlo, y por esta causa era imperfeta y de suyo más ocasion de cometer pecados obrando contra ella, que ayuda para guardarla, como dice san Pablo (4); mas nuestra sagrada religion nos enseña que la ley evangélica no es como la de los judíos, ni escrita en las tablas de piedra, como aquella, sino en los corazones de los cristianos, porque es aquel asiento y concierto que Dios prometió de hacer con los hombres, poniendo su ley en sus corazones y escribiéndola en sus entrañas, para que los pobres fuesen enseñados por Dios, y que es una ley celestial y divina, que enseña lo que debemos hacer, y nos da la voluntad y fuerzas para lo hacer. Y que los sacramentos que tenemos en nuestra religion, los cuales ninguna otra ha tenido en el mundo, son los instrumentos que Jesucristo, nuestro redentor, instituyó para darnos este espíritu y esta gracia. Porque los sacramentos de la nueva ley, no solamente significan la gracia, mas la obran y causan en el ánimo del que dignamente los recibe. Pues ¿qué diré de la antigüedad? ¿Qué de la constancia y perpetuidad de nuestra santísima fe, la cual desde el principio del mundo en todos los siglos ha sido la misma y siempre una, aunque en un tiempo más declarada y explicada que en otro? Digo que siempre fué y es una, porque Dios, que revela los misterios, es uno; y la Iglesia, á quien se re-

(4) Rom., II; Exod., III.

velan, es una; y la cabeza de la Iglesia, por quien se revelan, que es el sumo Pontífice, es uno; y porque las mismas cosas reveladas, que pertenecen á la fe, siempre son unas y nunca se mudan, aunque se muden otras en la Iglesia, que no pertenecen á la fe. ¿Quién podrá, con lengua no humana, sino de ángeles, explicar las otras excelencias y maravillas de nuestra santa religion? ¿Quién declarará el tesoro riquísimo de la Sagrada Escritura, que, como una mesa real, está proveída de todos los manjares, para pasto y sustento de todas las ánimas santas, y para todos los ingenios y entendimientos, por elevados que sean? ¿Quién la doctrina tan pura y sincera, sin ninguna mezcla de error? ¿Quién el favor grande que promete á la virtud, y el disfavor y castigos que amenaza á los vicios? ¿Quién la felicidad que promete y da, pues no solamente hace buenos á los hombres, sino tambien bienaventurados, cumpliéndoles el deseo natural que tenemos todos del sumo bien y último fin? ¿Quién la pureza de vida que causa en los que la profesan? ¿Quién las mudanzas que hace en los corazones, pues muda los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los árboles silvestres y estériles en árboles hermosos, cargados de frutos de vida eterna? ¿Quién podrá contar la infinidad que ha habido y hay en la Iglesia católica de santos, que en todo linaje de virtudes han resplandecido y resplandecen en el mundo, más que las estrellas del firmamento? ¿Qué de niños tiernos, vestidos de pureza é inocencia? ¿Qué de doncellas más limpias que el sol, adornadas con la laurea de su virginidad? ¿Qué de matronas tan continentes, que merecieron ser dechado de toda virtud y honestidad? ¿Qué de monjes, anacoretas, sacerdotes, levitas, que siendo hombres en la naturaleza, fueron más que hombres por la gracia, y estando en la tierra con el cuerpo, fueron con el espíritu moradores del cielo? Pues de los sagrados doctores que en todas las provincias y regiones del mundo han ilustrado la santa Iglesia católica, ¿qué Tulio ó qué Demóstenes dignamente podrá hablar, ó qué rio de elocuencia no se agotará en contar el número sin número dellos, la sabiduría no humana, sino celestial, la profundidad y agudeza de ingenio, la madurez y gravedad de juicio, la excelencia y alteza de sentencias, la copia y elegancia de palabras, el orden y disposicion en lo que tratan, la fuerza y evidencia de los argumentos que usan, agora sea impugnando á los enemigos de la Iglesia, agora respondiéndoles y defendiendo la verdad; y sobre todo, aquel espíritu humilde, suave, amoroso y celoso, y verdaderamente divino, con que todo lo que escriben está empapado? De manera que así como la claridad del sol se conoce por los rayos de la luz que echa de sí, así la sabiduría incomprensible de Dios resplandece y se echa de ver en lo que tantos y tan grandes y tan sabios doctores, alumbrados por Él, nos enseñaron. Y todo ha sido menester para cultivar nuestros entendimientos, por una parte rudos

y por sí inhábiles, y por otra confiados y atrevidos, para derribar la vana presuncion é altivez de los filósofos, para convencer la maliciosa inorancia y inorante malicia de los herejes, para declarar la majestad soberana de los misterios de la religion cristiana, y navegar seguramente por el piélago profundísimo y altísimo de la Sagrada Escritura. De los fortísimos y valerosísimos mártires mejor es callar y con un casto y debido silencio honrarlos, que quererlos alabar con nuestra lengua muda; pues la de los ángeles apenas podrá contar los ejércitos sin cuento dellos, la variedad de los tormentos, la atrocidad de las penas, la crueldad y linajes de muertes que padecieron, y el esfuerzo y alegría con que padecieron.

Todos estos santos y bienaventurados mártires son caballeros de la Iglesia católica. Todos estos sapientísimos doctores son sus discípulos. Todos los obispos y pastores son sus ovejas. Todos los religiosos y seglares, vírgenes y casadas, príncipes y plebeyos, niños y viejos, sabios é ignorantes, y finalmente, todos los que en cualquiera suerte, estado y manera de vida han participado de la gracia y redencion de nuestro Señor Jesucristo, y se han salvado por sus merecimientos, son plantas hermosísimas deste paraíso de deleites, discípulos desta escuela de sabiduría celestial, soldados esforzados desta milicia sagrada, cortesanos escogidos de la corte de Dios, ovejas obedientes y mansas deste aprisco, hijos verdaderos de la Iglesia apostólica y romana, y criados con la leche purísima de la religion católica, la cual, rodeada de tantos y tan lucidos escuadrones, y teniendo á Dios por capitán general, es invencible, y siempre ha sido y es y será vencedora de los tiranos poderosos, de los herejes engañosos, del pecado, de la muerte, del demonio y del infierno, cuyas puertas y poder jamas podrán prevalecer contra ella; ántes esta santa religion ha sido tan poderosa, que, por medio de doce pobres pescadores, y soldados suyos, pudo echar de su reino al príncipe y tirano del mundo, el cual se habia encastillado en él, y por medio de la idolatría quitado al verdadero Rey y Señor de su silla, y tomádole la corona de su divinidad y puéstola sobre su cabeza. Y tenía tan tiranizados á los hombres que le ofrecian sacrificios deshonestos, furiosos y tan crueles, que los padres sacrificaban á sus hijos, y la potencia del Crucificado pudo limpiar la tierra, purgar la mar y santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios abominables, y desterrar del universo esta pestilencia, asolar los templos de los falsos dioses, derribar sus altares, quemar y despedazar y arrastrar sus ídolos, y derribar de su trono á este fiero y sangriento tirano, como Dios lo tenia prometido por el profeta Zacarías (1); y la manera con que se acabó una hazaña tan grande y una vitoria tan gloriosa, fué con la muerte de los que vencian y con los milagros innumera-

(1) Zach., xiii.

bles y esclarecidos que obraba el Señor, que por ellos vencía; entre los cuales, como muy bien dice el padre fray Luis de Granada (1), tomándolo de san Agustín (2), el mayor, sin duda, de todos fué la misma conversion del mundo; y cualquiera hombre prudente dirá que es así, si consideráre que los predicadores del Evangelio y de esta santa religion eran, como dijimos, unos pocos y pobres y despreciados pescadores, y que predicaban cosas arduas y dificultosas para creerse, y no ménos para obrarse; porque predicaban los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, del santo Sacramento del altar, y que un hombre crucificado era Dios y criador del cielo y de la tierra, que son cosas que tanto sobrepujan todo humano entendimiento; y juntamente enseñaban una perpétua cruz y mortificacion, y que el hombre debe contradecir á todos sus gustos y apetitos, y negarse á sí mismo, que son cosas tan contrarias y repugnantes á nuestra estragada y mal inclinada voluntad.

Los hombres á quien predicaban eran deshonestísimos y carnalísimos, y unos brutos y esclavos de Satanás, y los predicadores desta doctrina tenían por contrarios y por enemigos á todos los príncipes, emperadores y monarcas del mundo, que resistian á la predicacion, y resistian con todo su poder y con todos los géneros de tormentos, suplicios y muertes que el demonio, que los movía, supo inventar. Pelearon y cayeron, resistieron y fueron vencidos, mataron á nuestros soldados, y ellos con su muerte (ó por mejor decir, verdadera vida) triunfaron de sus matadores, y nuestra santa religion quedó señora del campo, y despues acá siempre lo ha sido y lo será, por virtud del que es su virtud, su amparo y defensa, su gloria, su corona y triunfo; pues siendo ella tal, ¿no ha de ser servida y preferida á todas las cosas del mundo?

CAPÍTULO VI.

Los nombres que tiene en la Sagrada Escritura la religion cristiana, por los cuales se declara su excelencia y que ella nos enseña lo que debemos hacer.

Estas mismas excelencias y grandezas de nuestra santa religion se sacan de los muchos y varios nombres de gran gloria y majestad que la Sagrada Escritura da á la santa Iglesia (3). Cristo nuestro Señor, autor y fundador y esposo desta Iglesia, la llama reino de Dios, reino del cielo, ciudad puesta sobre el monte, campo sembrado de trigo, tesoro precioso, plantel del Padre celestial, viña del Señor, aprisco y rebaño de sus ovejas. Y los sagrados apóstoles, que fueron los principales predicadores deste reino, y ciudadanos desta ciudad, y labradores deste campo, y guardas deste tesoro, y obreros desta viña, y pastores deste rebaño, la llaman

(1) *In catechism.* (2) Aug., *De Civit. Dei.*, lib. xii, cap. v.

(3) Matt., xxi, 4, 5, 13; 15, 20 et 22; Luca, xiv et xx; Joan., i, I, Petri, v; Petr. ii; Actor., iv et v; I, Cor., iii, II, Cor., vi; Hebr., xi et xx; I, Tim., iii; Ephes., i, ii et v; Apoc., xxi; II, Cor., xi.

manada de Dios, muchedumbre de los creyentes, casa espiritual, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido y comprado con sangre, pueblo de Dios, sacado de las tinieblas y llamado á la luz, admirable templo del Espíritu Santo, casa, habitáculo, iglesia y ciudad de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad, cuerpo de Cristo, Jerusalem celestial, ciudad santa, esposa del cordero, esposa de Jesucristo, virgen casta y purísima, y con otros nombres que declaran la santidad, la pureza, la hermosura, la excelencia y majestad de la Iglesia católica y el respeto, amor y reverencia que le debemos tener, y cuán justo es que los reyes y príncipes poderosos hagan con ella lo que el Señor tanto ántes le habia prometido por Esaiás, por estas palabras (4): «Los reyes serán tus amos, que te eriarán, y las reinas tus amas; postrados en tierra y con el rostro humilde te adorarán y lamerán el polvo de tus piés, y entenderás que yo soy el Señor, y que ninguno que espera en mí será confundido.» Siendo, pues, la religion cristiana tan alta, tan magnífica y de tanta majestad, y teniendo los cristianos y verdaderos hijos suyos tan grande certidumbre y seguridad de nuestra santísima fe, como tenemos (porque aquí, hablando con los fieles y católicos, suponemos por cierta y averiguada esta verdad), debemos desechar cualquiera falsa y peregrina opinion y doctrina contraria á lo que enseña, y tomarla á ella por maestra, por guía y por luz de todo lo que tenemos de creer, obrar, decir y hacer.

La luz corporal de tal manera nos alumbra, que con ella vemos, primero la misma luz, y despues las otras cosas visibles, así nuestra santa religion, como luz espiritual y divina, primero se manifiesta á sí con su misma luz para que la veamos y conozcamos, y despues nos descubre y hace ver todo lo demas. Y como la regla que ha de reglar y enderezar las otras cosas primero ha de ser derecha y firme en sí, así la religion, que es el nivel y regla de todas nuestras acciones particulares y comunes, domésticas y públicas, debe ser primero santísima y rectísima en sí, para poder enderezar lo torcido y corregir lo que va errado. Y esta rectitud y santidad no se puede hallar, ni la hay, sino en sola la religion cristiana, por haber sido enseñada, como dijimos, de aquel Maestro que solo es santo y fuente de toda rectitud y santidad. Por donde los príncipes que quieren acertar y saber lo que deben hacer para con Dios y para consigo mismos, para con sus reinos y señoríos, para con sus amigos y enemigos, no tienen necesidad de otro maestro ni de otra guía sino de la religion cristiana; porque, siguiéndola, no podrán errar ni tropezar, ni dejar de ser felicísimos y bienaventurados los reinos que fueren gobernados por ellos. Veamos, pues, lo que enseña esta santa religion á los reyes y príncipes cristianos acerca de la cuenta que deben tener con la misma religion, y despues trataremos de lo demas.

(4) Isaiæ, xlix.